

JX 1305

L3

HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA

Es propiedad.



MADRID, 1875.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de ARIBAU Y C.²,
sucesores de RIVADENEYRA. — Duque de Osuna, 5.

ACERVO GENERAL

INTRODUCCION.

§ I.—El genio de la raza helénica.

Los Griegos son una raza privilegiada entre todas las que han aparecido sobre la tierra. Ya en la antigüedad fueron glorificados por sus vencedores; el genio más bello de Roma dijo que habian civilizado las naciones, enseñándoles la dulzura y la humanidad (1). En el pensamiento de este pueblo admirable entraron todas las ideas, en su corazon todos los sentimientos. Sus filósofos unieron las abstracciones de la razon especulativa á los trabajos prácticos del hombre de estado; uno de ellos dió en el mundo pagano el sublime espectáculo de un hombre que muere por una idea, mártir del deber. Sus poetas, sus oradores, sus historiadores, se elevaron á una altura que casi ha permanecido inaccesible. Cuando cayó la antigüedad, cuando los Bárbaros del norte invadieron el imperio romano, las tinieblas cubrieron á la Europa durante los largos siglos de la Edad Media. ¿ Quien reanimó la vida de la inteligencia? ¿ quien emancipó á la Cristiandad encorvada bajo el despotismo intelectual de la Iglesia? Los escritores de la Grecia, saliendo de sus sepulcros, imprimieron su poderoso impulso á la civilizacion europea. El renacimiento tuvo la importancia de una revolucion; preparó la Reforma cuyas ideas más avanzadas contenía en gérmen. Sin embargo, la raza, que dió la libertad de pensar al mundo cristiano, gemía en la servidumbre. De repente sacude

(1) CICER., *ad Quint.* I, 1, 8; *pro Flacco*, 26; *Verrin.* v, 141.

sus cadenas, y Europa lanza un grito de entusiasmo; los nombres de Leonidas, de Milciades y de Temístocles conmueven á las naciones y arrastran á la fría diplomacia de los reyes. ¿Cuál es, pues, ese pueblo elegido? (1). ¿Cuál esa tierra prometida que ha arrancado al poeta de la humanidad este deseo melancólico?

C'est là, c'est là que je voudrais mourir (2).

Comparando las diversas naciones entre sí dice *Aristóteles*: «Los pueblos que habitan los climas fríos de Europa son en general valerosos, pero son inferiores en inteligencia y en industria; las naciones del Asia tienen más inteligencia, más aptitud para las artes, pero les falta el valor guerrero; la raza griega, intermedia entre las dos primeras, reúne sus cualidades; posee juntamente la inteligencia y el valor» (3). La raza helénica parece, en efecto, desplegar en la vida real la misma universalidad que en el dominio de la inteligencia. Los innumerables ejércitos del Gran Rey, vencidos por un puñado de Griegos, atestiguan el valor guerrero de la nación; de su seno salió el más grande de los conquistadores. Este pueblo activo y emprendedor se aventuró también sobre el mar; ha cubierto con sus colonias las costas de Europa y de Asia, y ha extendido esa brillante cultura intelectual que hacía del nombre de Heleno más bien un signo de civilización que la designación de una nacionalidad.

Sin embargo, esta universalidad es más aparente que real. Comparéanse los Griegos á las naciones conquistadoras del Asia y á los Romanos que les precedieron ó sucedieron en la escena del mundo y no se verá ya en ellos una raza guerrera. Los Nómadas manifiestan abiertamente sus pretensiones al imperio de la tierra.

(1) JAKOBS, *Erziehung der Hellenen zur Sittlichkeit* (*Vermischte Schriften*, tomo III, p. 7). «*Wie die Götter, nach dem Glauben des Alterthums, aus der Masse der Menschen nur wenige auswählen, die sie ihres Unterrichts würdigen, und selbst das Leben derjenigen schmücken, die sie wahrhaft glücklich machen wollen; so scheinen sie auch aus der Menge der Völker, die Hellenen erwählt zu haben, um sie als ihre Begünstigte der Nachwelt aufzustellen.*»

(2) BERANGER. Los filósofos participan de los sentimientos de los poetas. Hegel dice: *Wenn es erlaubt wäre, eine Sehnsucht zu haben, so wäre es nach solchem Lande* (*Vorlesungen über die Geschichte der Philosophie*, t. I, p. 168, 2.^a edic.).

(3) ARISTOT., *Polit.*, VII, 6. 1.

Roma se siente llamada á conquistar y á regir los pueblos. Los Griegos no han tenido el pensamiento de extender su dominación sobre el mundo, su ideal no es la monarquía universal, sino la ciudad. Es verdad que los Dorios aparecen primeramente como fogosos conquistadores; el espíritu guerrero se encarna, por decirlo así, en la ciudad de Licurgo. Pero apenas los Helenos han tomado posesión del suelo, cuando su ardor invasor se detiene. En el ideal dorio la guerra no es un instrumento de ambición, sino un noble ejercicio de las facultades humanas. Esparta jamás pretendió una vasta dominación; la supremacía en el Peloponeso le bastaba. Aunque mayor la ambición de Atenas, no traspasaba los límites de la Grecia; el poder, que el más grande de sus hombres políticos (1) deseaba para su patria, no era uno de esos monstruosos imperios con que soñaba el Asia, sino la hegemónia, la dirección de los intereses helénicos. Bajo la dominación macedónica parece entrar la Grecia en una nueva vía. Alejandro la arrastra á la conquista del Oriente. A decir verdad, no es la nación quien se hace conquistadora, es un héroe quien hace violencia á su genio; en cuanto él muere desaparece la monarquía universal que ambicionaba.

La naturaleza parece haber destinado á la Grecia á ser la patria de una población comerciante. Rodeada por el mar, ese lazo de las naciones, las ondulaciones de sus costas ofrecían al navegante numerosos y cómodos abrigos. Hallaba en los variados productos de su fértil suelo medios de cambio para las riquezas del Oriente. Sus colonias la ponían en relación con los Bárbaros; sus habitantes, activos y bulliciosos, debían ser conducidos á lejanas empresas por el amor al lucro que se había desarrollado hasta constituir un vicio. Sin embargo, la navegación de los Griegos apenas excedió del Mediterráneo. La fundación de Alejandría abrió una nueva era para el comercio, pero esta revolución no pertenece ya á la Grecia antigua.

¿Cuál es, pues, el genio propio de la raza griega? *Platon* lo ha señalado en su *República*; es «un espíritu curioso y ávido de ciencia» (2). Puede compararse á los Griegos con los pueblos teo-

(1) PERIOLES. Véase más adelante, libro IV, cap. 2, § 2.

(2) PLAT., *De Rep.*, IV, 435, E.—JAKOBS, *Erziehung der Hellenen zur Sittlichkeit* (*Vermischte Schriften*, t. III, p. 3 y sig.).

lógicos de la India, del Egipto y de la Judea: los unos y los otros se han entregado á la elaboracion de una doctrina, con la diferencia de que en los Estados teocráticos el trabajo del pensamiento es el atributo exclusivo de la casta de los sacerdotes, y se manifiesta en un dogma que el pueblo acepta como una revelacion divina; miéntras que entre los Helenos el movimiento intelectual libre é independiente de toda direccion sacerdotal se extiende á la nacion entera y toma mil formas diversas, el arte, la poesía, la filosofía. Los Griegos son los únicos que han profesado un verdadero culto á lo bello (1); es un pueblo de artistas. La música tuvo entre ellos la importancia de una institucion política; los poetas fueron los que los iniciaron en la civilizacion (2). Orfeo, ejerciendo el poder del arte hasta sobre los brutos y los seres inanimados, es el símbolo del genio helénico. Los poemas de Homero son los libros sagrados de la Grecia; son la fuente de la religion y de la ciencia. Los legisladores son poetas como Solon, ó llaman en su auxilio la poesía como Licurgo (3). Los filósofos tienen entre los griegos la mision que desempeñaban los colegios de sacerdotes á las orillas del Ganges y del Nilo; elaboran los dogmas nuevos. La cultura helénica prepara el cristianismo; tan cierto es que tiene un carácter religioso, lo mismo que las civilizaciones orientales; pero aventaja á las teocracias y aún á la misma religion cristiana, por la libertad de pensamiento que es su sello inmortal.

§ II.—La Grecia y el Oriente.

Así la Grecia influye en la humanidad por las ideas. Sin embargo, las más antiguas tradiciones representan á los Griegos como

(1) Herodoto cuenta que los habitantes de Egesta, en Sicilia, tributaron honores divinos á Filipo de Crotona, á causa de su belleza (HEROD., V, 47). En Aega (Achaia), se nombraba sacerdote de Júpiter al jóven más bello (PAUSAN., VII, 24).

(2) Aristides llama á los poetas « τοὺς κοινούς τῶν Ἑλλήνων τροφῆα καὶ διδασκαλοὺς. » Orac. XLV (t. II, p. 13, ed. Jebb).

(3) PLUTARCH., *Licurg.*, c. 4. Solon excitó á los Atenienses por medio de un poema á hacer la guerra á los de Megara; se sirvió de Epimenides, poeta y pro-

un pueblo casi en estado salvaje (1). ¿Por qué feliz concurso de circunstancias ha salido la raza helénica de un estado en el que otras poblaciones se embrutecen y mueren? Los historiadores antiguos dicen que colonos originarios del Egipto, de la Fenicia y de la Lidia comunicaron á los Griegos los primeros elementos de la agricultura, de la religion y de las artes. Escritores modernos tan ingeniosos como sabios han atacado vivamente la colonizacion. La autoctonia de la civilizacion helénica no puede sostenerse: todo prueba que la Grecia procede del Oriente. No hay duda más que sobre la extension de la influencia extranjera y sobre los caminos por donde se ha ejercido. Hemos dicho en otra parte que el hecho de las colonias venidas del Oriente es sumamente probable. ¿Es decir por esto que la Grecia debe su brillante cultura á los colonos? Los hechos rechazan semejante hipótesis. El elemento helénico es el que domina en todas las manifestaciones de la raza griega, no el Egipto, ni la Fenicia, ni la Asiria, ni la India. Esto prueba que los Helenos poseian gérmenes de las nobles facultades que desarrollaron en una variedad maravillosa. La influencia oriental no fué más que una educacion providencial; ahora bien, por mucho poder que se suponga á la educacion no llega á trasformar los individuos ni los pueblos; no hace más que desarrollar disposiciones preexistentes.

Para apreciar la colonizacion oriental hay que colocarse en este punto de vista. Un primer hecho hay cierto y es que los Griegos primitivos no eran salvajes. Las tradiciones que hemos citado se refieren, tal vez, á razas inferiores que habitaban la Grecia ántes de la llegada de los Helenos, y que desaparecieron ó refundieron con los inmigrantes. Tenemos acerca del estado de las poblaciones griegas en la época en que ocuparon la Grecia testimonios más ciertos que los de los autores antiguos. La filología compara-

feta, para preparar á los Atenienses á su legislacion. Tirteo tan pronto calmaba los espíritus con sus cantos como excitaba el valor de los Espartanos y los conducía á la victoria (SCHOELL, *Historia de la literatura griega*, t. I, p. 238, 181, 190, 189).

(1) PAUSAN., VIII, 1, 5, 6; II, 19, 5.—APOLLONOR., III, 8, 1.—PLIN., *Hist. Nat.*, VII, 57.—THUCYD., I, 2 y sig. Compárese PLASS., *Geschichte Griechenlands*, t. I, p. 72-79.—SCHOEMANN, *Antiquitates juris publici Græcorum*, p. 53.

da, á la cual se deben tantas luces acerca del parentesco de los pueblos, nos ha enseñado que los Helenos son los hermanos de los Arios de la India, de los Latinos y de los Germanos. Ahora bien, hay en las lenguas habladas por estos pueblos palabras comunes que nos dan la medida del grado de civilizaci6n que alcanzaron ántes de su separaci6n. Eran n6madas; sin embargo, no vivian bajo tiendas como los Árabes, ni sobre carros como los Escitas; sabian construir habitaciones fijas, y conocian los primeros elementos de la agricultura; servíanse de todos los animales domésticos que abundan en nuestras granjas, es decir, que iban á entrar en una nueva éra de civilizaci6n, la vida agrícola (1).

Los Griegos estaban, pues, poco más ó ménos en el estado en que se encontraban los Germanos cuando la conquista romana; eran bárbaros, no eran salvajes. Habian traído del Oriente los gérmenes de su poética mitología, y, como la religi6n es la esencia de la vida, puede decirse que las raíces de la cultura helénica están en la alta Asia. Sin embargo, la Grecia no es la reproducci6n de la India. Hay elementos nuevos en la civilizaci6n helénica. Distinta tierra, distinto cielo, un clima diferente explican bien las trasformaciones. Pero esta explicaci6n no es suficiente. Los Germanos, parientes próximos de los Griegos, no fueron iniciados en la civilizaci6n más que por su contacto con el imperio romano. ¿No habria sido la colonizaci6n para los Griegos lo que la guerra para los pueblos del Norte? Las naciones, á quienes la tradici6n atribuye las colonias, gozaban de una antigua cultura, en la época en que los habitantes de la Grecia eran todavía bárbaros: los colonos los iniciaron en alguna manera en una vida nueva. Puede decirse que respecto del Egipto no es esto más que una hipótesis; pero es cierta la influencia de los Fenicios sobre las creencias religiosas de los Helenos (2); lo cual supone una uni6n íntima y una larga comunidad de existencia. Aun el arte de los Griegos, ese rasgo distintivo de su genio, se refiere al Oriente. Se

(1) KUHN, en los *Indische Studien de Weber*, t. I, p. 340 y sig.—MAURY, *Historia de las religiones de la Grecia antigua*, t. I, p. 7-10.

(2) SCHOEMANN, *Griechische Alterthümer*, t. I, p. 10.—CURTIUS, *Griechische Geschichte*, t. I, p. 40 y sig.—MAURY, *Historia de las religiones de la Grecia*, t. III, p. 191 y sig.

ha negado esto respecto del Egipto, mas no puede negarse respecto de la Asiria; los monumentos de Nínive han revelado analogías tan especiales que hay que suponer entre ellos una filiaci6n (1); ahora bien, no es ciertamente el pueblo civilizado quien ha imitado al pueblo bárbaro. Tampoco la filosofía de los Griegos, su más bello título de gloria, es más autóctona que su arte. Existen relaciones determinadas, particulares y fundamentales á un tiempo, que establecen un lazo incontestable de parentesco entre las especulaciones filosóficas de Pitágoras y de Platon y las del Egipto y de la India (2).

Creemos, pues, que puede admitirse que la Grecia procede del Oriente, y que le debe los elementos de su cultura material, de su religi6n, de su filosofía y de sus artes. Pero el genio helénico imprimió un carácter original á todo lo que tomó del extranjero. Este poder de asimilaci6n explica y concilia las opiniones contradictorias emitidas sobre los orígenes griegos. Herodoto refiere al Egipto una gran parte de las creencias de la Grecia (3), y dice por otra parte que Homero y Hesiodo crearon las divinidades griegas (4). Lo uno y lo otro es verdadero. La religi6n de la Grecia tenía, en efecto, sus raíces en los dogmas del Oriente; pero el espíritu helénico, que el padre de la historia simboliza en la poesía, refundió las fábulas extranjeras, nacionalizó las importaciones, modificó las doctrinas; del fondo oriental sacó un mundo enteramente nuevo, una religi6n, una filosofía, una sociedad nuevas. Estas modificaciones constituyen uno de los grandes progresos realizados por la especie humana. Los sacerdotes egipcios decian á Solon que los Griegos eran niños; en los designios de la Providencia los niños debian sobrepujar á sus padres. El Occidente debe la civilizaci6n superior que le distingue del mundo oriental á los trabajos de la raza helénica.

(1) LAYARD, *Nineveh and its Remains*, t. II, p. 293, 459, 461-469.

(2) Véase el tomo I de mis *Estudios*.

(3) HEROD., II, 50, 43, 49, 51, 58.

(4) HEROD., II, 53.

§ III. — Progreso de la Grecia sobre el Oriente.

Los caracteres distintivos del Oriente son la desigualdad y la falta de libertad. En la India brahmánica, la desigualdad es de institucion divina y es eterna como la divinidad. Las monarquías conquistadoras no conocen ya las castas, pero no puede decirse que reine en ellas la verdadera igualdad: es más bien la servidumbre de todos bajo el despotismo de uno solo. El mosaismo consagra la igualdad religiosa de los hombres: y aún trata de realizar la igualdad en el orden civil. A esto está reducida la marcha progresiva del Oriente hácia la igualdad. En cuanto á la libertad, le falta por completo. Entendemos por libertad el derecho del individuo respecto de la sociedad, derecho absoluto de que la sociedad no puede despojarle; el individuo y su desenvolvimiento son el fin; el Estado, república ó monarquía, no es más que el medio. La libertad es extraña al Oriente; incompatible con la teocracia, es igualmente imposible bajo el régimen despótico; ni siquiera llega á abrirse paso en el mosaismo; la omnipotencia del Dios único absorbe en él la individualidad humana.

¿Cuál es el progreso de la Grecia sobre el Oriente? Realiza la libertad y la igualdad en la ciudad, al ménos bajo ciertos aspectos y entre ciertos límites. No hay ya clases sociales que gocen privilegios políticos por derecho de nacimiento. El sacerdocio y la guerra son funciones. El hombre libre es igual al hombre. Aparece por primera vez la libertad en el orden político. No es ya la persona de un despota, ni la omnipotencia divina quien constituye el Estado, es la reunion de los ciudadanos: la república ocupa el lugar de la teocracia y del despotismo. Ahora bien, ¿ha entrado desde luégo la Grecia en este nuevo orden de cosas, ó ha pasado por un régimen análogo al de las costas orientales?

Los que admiten que los Griegos estuvieron organizados por castas primitivamente, tienen á su favor la autoridad de Platon (1). Nosotros dudamos que el filósofo ateniense haya tenido

(1) CRITIAS, p. 112, B. C. *Tim.*, p. 24, A.

un conocimiento exacto de esta institucion. El Egipto, que él visitó, apenas ofrecia ya más que una imágen medio borrada. Únicamente la India, por lo que conocemos de la historia del Oriente, ha organizado las castas en todo su rigor. En Grecia no se encuentran más que algunos vestigios de una organizacion social fundada sobre la distincion de los órdenes. Tal es la oscura division del Atica en cuatro tribus, que los historiadores antiguos comparaban á las castas de Egipto (1). Tal es tambien la existencia de sacerdotes hereditarios (2). Pero una cosa es la distribucion de una nacion en clases aún hereditarias, y otra las castas. Entre los Persas habia un sacerdocio hereditario, y sin embargo, no existian entre ellos las castas. En cuanto se sale de la India, desaparecen las castas, ó al ménos se modifican de tal manera que no pueden compararse con el sistema brahmánico. Las castas indias son una consecuencia política del brahmanismo; ahora bien, los pueblos de raza indo-germánica son extraños á la doctrina religiosa de los brahmanes; los Griegos no pudieron traer las castas al emigrar del alta Asia, como tampoco los Germanos, porque no se formaron sino despues del establecimiento de los Arios en la India, bastante despues de la separacion de las diversas ramas de la familia indo-germánica. Por esto, pues, no se encuentran castas entre los Griegos en el momento en que aparecen en la escena de la historia. Lo que caracteriza al régimen teocrático es la existencia de un sacerdocio dominador de todas las clases de la sociedad, aún de los guerreros, y que constituye por sí solo el Estado. El politeismo griego tiene sus sacerdotes, como toda religion; pero en los siglos heróicos no forman ya una casta ni aún un orden aparte en la sociedad. En la India, los brahmanes son los intermediarios necesarios entre la divinidad y los hombres; los reyes no pueden des-

(1) Los Egipcios se prevalian de esta division para pretender que la ciudad de Minerva descendia de una colonia egipcia (DIODOR, I, 28). Tambien algunos sabios modernos ven en las tribus áticas un vestigio de la institucion de las castas (HERMANN, *Griech Staatsalterthüm.*, t. I, §§ 6, 94; PLATNER, *Beiträge*, p. 1-20). Otros dicen que eran inmigraciones sucesivas de poblaciones diversas, coexistentes sobre el mismo territorio, sin que mediasen entre ellas relaciones de casta (KOUTORGA, *Ensayo acerca de la tribu ática*, p. 79 y sig.; WACHSMUTH, *Hellen. Alterthumskunde*, t. I, p. 355, 357; GROTE, *History of Greece*, t. III, p. 59 y sig.).

(2) WACHSMUTH, *Hellenische Alterthumskunde*, t. II, p. 620-623.

empeñar las funciones sagradas; no pueden ni aún ser recibidos en el orden sacerdotal; es menester el poder de Dios para crear un brahman. En la Iliada y en la Odisea los reyes ofrecen sacrificios (1); los jefes de los guerreros son al mismo tiempo sacerdotes y adivinos. La teocracia absorbe al orden civil. En Grecia la sociedad es enteramente secular; el orden civil es quien absorbe al orden religioso. Los sacerdotes son, en general, nombrados por el pueblo, como los magistrados, ó sacados á la suerte; sus funciones son temporales y no les dispensan de llenar los deberes de ciudadanos, su ministerio es una magistratura ordinaria (2). Los sacerdotes hereditarios son una rara excepcion, y aún donde existen están subordinados al Estado.

Así el régimen oriental desaparece para abrir paso á la ciudad. ¿Cómo se ha verificado este inmenso progreso? Un filósofo francés dice que el régimen de las castas no ha subsistido en el mundo occidental, porque el sacerdocio no se ha constituido en él como un orden hereditario (3). La explicacion es insuficiente, porque no tiene en cuenta el elemento esencial de las castas; acabamos de decir que no es el principio hereditario, sino la institucion divina lo que las caracteriza. Otros escritores han atribuido á influencias locales, accidentales, una revolucion que ha abierto nuevos destinos al género humano (4). Lo que es más cierto es que las castas no estaban en armonía con el genio de la raza helénica. La India está tan imbuida en el espíritu de desigualdad, que los párias mismos se dividen en castas, las cuales se prodigan entre sí los mismos desprecios de que son cubiertas por las clases privilegiadas. ¿De dónde proviene esta persistencia de la desigualdad en la sociedad india? Lo hemos dicho en otra parte; se debe á la doctrina brahmánica, y ésta no ha podido implantarse más que en un pueblo espiritualista en extremo, que olvida la vida verdadera para soñar una existencia imaginaria en otro mundo. El brahmanismo se desenvolvió despues del establecimiento de los Arios en la India; en parte bajo la influencia de un clima que casi dispensa á los hom-

(1) ILIAD., II, 402 y sig.; ODISEA., III, 430 y sig.

(2) BROWER, *Hist. de la civiliz.*, t. III, p. 216-220.—PLUTARCO., *Arist.*, c. 5.

(3) P. LEROUX, en la *Encyclopédie nouvelle*, t. III, p. 310.

(4) HERMANN, *Griech. Staatsalterth.*, § 6.

bres de toda actividad para proveer á su subsistencia. Los Helenos no gozaron ya de esa funesta felicidad; empezaron por vivir en la pobreza; solamente se libraron de la miseria por medio del trabajo y de la inteligencia (1). A consecuencia de hallar tan fácil la vida, acabaron los Indios por disgustarse de ella cuando no se abandonaban á los goces de la materia, porque el espiritualismo excesivo está muy inmediato al sensualismo. Los griegos no cayeron en ninguno de estos dos excesos. Era una raza demasiado inteligente, demasiado poética, para entregarse á un grosero materialismo, pero también tenía demasiado sentido de la realidad para abandonar la vida verdadera. Los ascetas de la India odiaban el cuerpo, y lo hubieran aniquilado voluntariamente. Los Griegos eran tan poco enemigos del cuerpo que divinizaban su belleza, y dieron siempre en su educacion un lugar preferente al desarrollo de la naturaleza física; las fiestas que reunian á los Helenos estaban consagradas á ejercicios corporales.

Estas tendencias de las dos razas condujeron á una concepcion de la vida esencialmente diversa. Los Indios consideraban la vida actual como una expiacion de las faltas cometidas en una existencia precedente; interpretando el dogma de la justicia divina de un modo completamente material, vieron en las condiciones del nacimiento la voluntad de Dios, é inmovilizaron, en su consecuencia, la organizacion de la sociedad. Tomaban los Griegos demasiado gusto á la vida para ver en ella un castigo; se inquietaban muy poco por el otro mundo, y aún se cuidaban ménos de la vida preexistente. La tierra en que nacian tenía para ellos tantos atractivos, estaban tan apegados á ella, que se imaginaron ser autóctonos, hijos del suelo; era su título de nobleza, y todo hombre libre participaba de él. Los Indios no se cuidaban de la vida social; practicaban á la letra la máxima espiritualista de que nuestra patria está en el cielo. ¿Qué les importaban la ciudad, el Estado, el ejercicio de la soberanía, la justicia, la paz y la guerra? Todo esto era un sueño á los ojos de los místicos habitantes de las orillas del Ganges.

Los Helenos, por el contrario, viven en la plaza pública y no

(1) HERODOTO (VII, 102) lo hace notar.

en la soledad de los bosques, discuten acerca de la paz y de la guerra, administran justicia y se apasionan por la gloria de su patria; son una raza política por excelencia. Este es el carácter que principalmente distingue á la Grecia del Oriente. La igualdad habia ya penetrado bajo una forma grosera en los Estados despóticos; la igualdad religiosa y civil reinaba entre los Hebreos; los Griegos son los primeros que tuvieron la pasión de la libertad política. Sus repúblicas han hecho á la Grecia tan inmortal como sus poetas y sus filósofos. La ciudad, dice *Aristóteles*, es una sociedad de hombres libres; allí donde impera la arbitrariedad de uno solo, dicen los poetas, no hay Estado: tales son los Bárbaros, que todos son esclavos excepto el Rey (1). ¿Por qué han sido los Indios un pueblo teológico por excelencia, mientras que los Griegos fueron un pueblo de ciudadanos y de artistas? El espiritualismo brahmánico y la constitucion social á que conducia no dejaban lugar alguno á la idea de la libertad, mientras que los Helenos, viviendo de la vida real, debian experimentar la necesidad que siente todo hombre de ser libre. El destino diferente de estos dos pueblos, igualmente privilegiados por la naturaleza, es una prueba contra el espiritualismo: para que el hombre se tome un interes serio por la patria y por la libertad, es preciso no hacerle creer que su patria está en otra parte que en el mundo real, y que la libertad y la igualdad no existen más que en un mundo imaginario.

§ IV. Vicios de la sociedad helénica.

La igualdad en la ciudad, la participacion de los ciudadanos en el ejercicio de la soberanía; tal es el gran progreso realizado por la Grecia en el desarrollo de la humanidad. Es tambien un progreso hácia la unidad. Mientras la casta subsiste, no hay unidad posible entre los hombres, puesto que ella los divide en clases fundamentalmente distintas. Cuando dejasen los hombres de conside-

(1) ARIST., *Polit.*, III, 6. — SOPHOCL., *Antig.*, V, 737. — EURIP., *Hel.*, V, 276. *C. Supl.*, V, 429 y sig. — LASAULX, *Studien des classischen Alterthums*, p. 75.

rarse como seres desiguales por la voluntad de Dios, no tienen ya que dar más que un paso para concebir la unidad humana. Grecia y Roma han caminado hácia ese fin, pero no lo han alcanzado. Grecia reconoce la igualdad de los hombres libres, pero mantiene la esclavitud. Admite á los ciudadanos al gobierno de la ciudad, pero no comprende ni la verdadera libertad ni la verdadera igualdad. Por esta razón la división continúa reinando en la ciudad y entre las ciudades.

N.º 1.— *La esclavitud.*

La esclavitud está ligada íntimamente á la organizacion social de la Grecia. El ciudadano delibera acerca de los asuntos públicos, combate por su patria; cuando la paz le deja algun descanso, las fiestas religiosas, los juegos, los ejercicios gimnásticos reclaman su presencia. En su orgullo aristocrático, el hombre libre se cree con un destino más noble que el del trabajo manual; los esclavos eran los que llenaban las funciones materiales de la vida. Esta organizacion de la libertad ha sido admirada como un ideal. En pleno siglo XVIII el filósofo de la democracia, examinando las condiciones en que puede realizarse la libertad, representa á la Grecia libre con esclavos, y exclama: «¡Cómo! ¿la libertad no se mantiene más que con el apoyo de la servidumbre? Tal vez» (1). Historiadores graves hablan, como *Rousseau*, de los beneficios de la esclavitud; «sin la servidumbre, dicen, no hubieran desarrollado los Griegos su rica civilizacion, ese gran beneficio de que dotaron á la humanidad» (2).

Después de esto, ¿nos hemos de admirar de que los filósofos creyesen en la legitimidad de la esclavitud? Al oír sostener al gran lógico de la antigüedad que hay hombres libres por naturaleza y otros que nacen esclavos (3), creeriase todavía estar en la India brahmánica. Hay, en efecto, en esta concepcion de la esclavitud

(1) ROUSSEAU, *Contrato social*, III, 16.

(2) HEEREN, *Ideen über die Politik. Griechen*, p. 234.

(3) Véase más adelante, libro VII, c. II, § 7.

algo que recuerda la division original de los hombres en castas fatalmente separadas por el nacimiento. La distincion no se limitaba al hombre libre y al esclavo; abrazaba la humanidad entera que el orgullo de los Helenos separaba en Griegos y en Bárbaros, los primeros nacidos libres, los segundos nacidos esclavos.

Esta falsa teoría estaba preñada de consecuencias funestas. Los esclavos que procedian de los países Bárbaros, no podian elevarse al rango de los hombres libres; habia en ellos una mancha de nacimiento que la emancipacion disminuia, pero no borraba: jamas un Bárbaro podia llegar á ser Heleno (1). Sin embargo, el progreso de la esclavitud griega sobre la condicion de las castas inferiores de la India es incontestable. El legislador indio declara que el sudra, aún manumitido, permanece sudra, porque el hombre no puede cambiar la obra de Dios. Las leyes griegas admiten que la esclavitud puede cesar; no hay, pues, desigualdad original divina; el esclavo es un hombre; desde este punto la igualdad está reconocida en principio.

N.º 2.—*La ciudad y los hombres libres.*

La esclavitud es un grande obstáculo para la concepcion y la realizacion de la unidad; no solamente viola la igualdad natural de los hombres, sino que, reobrando sobre los amos los reduce á ceguedad é impotencia, y no les permiten organizar la libertad y la igualdad en su seno. La desigualdad, que la aristocracia de los hombres libres hacia pesar sobre la gran mayoría de la especie humana, reaparece en las relaciones que los ciudadanos y los Estados tienen entre sí.

La Grecia no representa todavía más que los primeros elementos de la asociacion; no concibe unidad mayor que la reunion de familias en ciudades; la ciudad constituye la diferencia más notable entre el Oriente y el Occidente. Mientras que los reyes de los reyes pretenden la monarquía universal, la Grecia no forma ni aún un Estado; por mejor decir, jamas ha existido la Grecia: ha

(1) PETIT., *Leg. Attic.*, II, 3, 8.

habido repúblicas griegas, pero cada una de ellas estaba concentrada en una ciudad. Los Pelasgos pertenecen todavía al Asia por su origen; el arte célebre que los distingue se parece al arte oriental por sus construcciones gigantescas; pero mientras el Oriente eleva templos, los Pelasgos edifican ciudades. La reunion y la vida comun de los hombres en los recintos murados, realizan el ideal que la Grecia se forma de la organizacion del Estado. Se vuelve á hallar la ciudad pelásgica en la República de Platon. El filósofo legislador prescribe límites estrechos á su ciudad (1), porque la unidad no puede existir más que en una pequeña asociacion; el territorio no debe, pues, tomar más extension que aquella que no perjudique á la unidad (2). Este espíritu de localizacion quedó impreso en la lengua: la misma palabra designa la ciudad y el Estado (3); el término que expresa hoy la ciencia más vasta, la *politica*, que dirige los destinos del mundo entero, tiene su raíz en la direccion de los intereses de una ciudad. Los Griegos sentian la necesidad de la unidad, pero no creian que fuese posible organizar vastos territorios, poblaciones considerables, segun las leyes del número y de la armonía. Se encerraron, pues, en el perímetro de una ciudad, y trataron de construir allí un Estado que respondiese á su ideal.

El ideal de la ciudad no fué realizado. En lugar de la unidad soñada por el gran filósofo, hubo division en el seno de cada república; en lugar de la armonía, hubo sangrienta lucha. Aun cuando la poblacion de la Grecia pertenecia á una sola raza, invasiones sucesivas redujeron á los habitantes primitivos á un estado de sujecion que colocó por todas partes á los miembros de una misma ciudad en relaciones hostiles. La conquista es una de las causas que produjeron las castas en Oriente. En Grecia, la comunidad de origen que unia á los conquistadores y á las poblaciones conquistadas era un obstáculo para una separacion tan profunda. La aristocracia de los vencedores degeneró rápidamente en aristocracia de dinero. Hay un incontestable progreso en este cambio. La edad heroica

(1) Platon no quiere que los ciudadanos, propietarios y guerreros, excedan del número de 5.040 (*Legg.*, v, 737, E.).

(2) PLAT., *de Rep.*, IV, p. 423, B. C.—C. ARISTOT., *Politic.*, v, 9, 2; VII, 4, 8.

(3) Πόλις. Véase más adelante, libro II, c. I.

tiene sin duda alguna más encanto y poesía; pero, cuando los héroes llegan á ser una oligarquía opresiva, es una felicidad para la humanidad que se abran sus filas al elemento democrático, aún cuando no tenga entrada más que á título de riqueza. La barrera está rota, el camino de la fortuna está abierto á toda actividad; el pueblo tiene armas para luchar contra sus señores, y la victoria definitiva no es dudosa. Sin embargo, rudo es el combate. En las ciudades antiguas la industria era patrimonio del esclavo; el pobre no tenía para llegar á la fortuna otros caminos que las inciertas probabilidades del comercio ó los medios violentos de la expoliación. El derecho del más fuerte, que reinaba en las costumbres, conducía á la violencia; las clases inferiores no pensaron más que en la fuerza para ocupar el lugar de las clases ricas. Tal es el cuadro de las ciudades griegas; la victoria alternativa de los ricos y de los pobres es toda su historia. ¿Qué llegó á ser la ciudad ideal que debía ser esencialmente una? *Platon* confiesa que, «cada uno de los estados griegos no es uno, sino varios, encierra siempre por lo ménos dos, uno compuesto de ricos, y otro compuesto de pobres» (1).

Si la ciudad no realizó la igualdad ni la unidad, todavía ménos realizó la libertad, aún en el seno de la aristocracia de los hombres libres. La ciudad tenía tanta importancia á los ojos de los Griegos que fué considerada como el ideal, es decir, como el fin supremo del destino humano. Esto era invertir el orden natural de las cosas. La unidad no es el fin, no es más que un medio. El fin es el desenvolvimiento de las facultades humanas. En este caso es menester reconocer al hombre derechos que le son innatos. El primero y más esencial es su individualidad, de que ningun poder humano puede despojarle. Esto es lo que hoy entendemos por libertad, y creemos que el Estado tiene por misión el garantizarla. No era esta la manera de sentir de los Griegos. Siendo su ideal la unidad de la ciudad, le sacrificaban completamente el individuo y sus derechos más sagrados, hasta su derecho á la existencia, en cuanto estos derechos podían comprometer la armonía de la repú-

(1) PLAT., *de Rep.*, IV, p. 422. E.

ca (1). La ciudad lo era todo, el ciudadano nada. El ciudadano no era, pues, libre. Comprendemos el predominio de la ciudad entre los Griegos. Habiendo nacido ya divididos, tendían á una separación sin límites. ¿Qué hubiese sido de la nacionalidad helénica, si esta tendencia no hubiese hallado un contrapeso en el espíritu de ciudad? No hubiera habido asociación posible, y sin lazo social, los individuos y los pueblos más privilegiados perecerían. Era preciso sujetar á los Helenos á las leyes de la ciudad para que al ménos hubiese un centro de unidad. Tal es el fin providencial de la absorción del individuo en el Estado, que caracteriza á las ciudades de la Grecia. Pero resultó que, á pesar del bello nombre de república, faltó siempre la verdadera libertad á los ciudadanos de Atenas y de Esparta.

N.º 3.—*Relaciones de las ciudades entre sí.—Falta de unidad.*

I.

El genio griego, incapaz de organizar la unidad en el interior de la ciudad, mucho ménos pudo realizarla entre las repúblicas que se dividían la Grecia. Todos los habitantes de la Grecia pertenecían á una sola raza; hablaban una sola lengua, adoraban las mismas divinidades; éstos eran elementos de unión, pero triunfó el espíritu innato de división (2).

El parentesco de las poblaciones griegas es un hecho adquirido para la ciencia. Considerábase en otro tiempo á los Pelasgos y á los Helenos como dos razas diferentes. Este error se remonta hasta *Herodoto* (3), prueba suficiente de que el recuerdo de su origen común se había ya perdido en su tiempo entre los Pelasgos y entre los Helenos. No había solamente oposición entre los habitantes y las poblaciones primitivas; tratábanse los Griegos de ciudad á ciudad como extranjeros; ántes que las guerras médicas los hu-

(1) Véase el tomo I de mis *Estudios*. Introducción, p. 19 y sig.

(2) HERMANN, *Griechische Staatsalterth.*, § 8.—WACHSMUTH, *Hellenische Alterthumskunde*, §§ 9, 10.—DORFMÜLLER, *De Græcia primordiis*, p. 4-36.

(3) HEROD., I, 58. II, 52.

biesen unido forzosamente alrededor de Esparta y de Atenas para defender la libertad común, no tenían un nombre genérico que los distinguiese de los Bárbaros. Los habitantes de la Grecia no tenían, pues, conciencia de los lazos de la sangre que los unían. La unidad de lenguaje es la expresión más evidente de la unidad de origen; pero los dialectos de la lengua griega sirvieron para perpetuar la división que existía entre las diversas tribus. Un ardiente apologista del cristianismo naciente, presintiendo en algún modo el cisma que la Grecia introdujo en la religión universal, echa en cara á los Griegos el espíritu de división que se manifiesta hasta en la variedad de sus dialectos (1). La censura no es pueril, como pudiera creerse; tiene en el fondo una gravedad incontestable. En ningún país de Europa ha llegado todavía la lengua hablada á una unidad completa, pero las variedades que en ella se producen no pasan del lenguaje popular; únicamente la Grecia tiene una literatura igualmente perfecta en tres ó cuatro dialectos diversos. ¿No es esta una imagen del genio griego, rico con una variedad infinita, pero incapaz de elevarse á la unidad?

En el orden político, la división era bastante más profunda. Las tradiciones sobre los Pelasgos nos muestran la población primitiva de la Grecia dividida ya en un gran número de pequeñas tribus, sin cohesión ni lazo (2). La invasión dorica llevó un nuevo elemento de separación; aunque del mismo origen, diferían los Dorios y los Jonios bajo tantos aspectos, que parecían pertenecer á razas diferentes. Siempre, dice *Tucidides*, fueron enemigos (3). Esta hostilidad tenía su origen en las ideas políticas de ambos pueblos. Los Dorios eran aristócratas, al paso que los Jonios sólo veían libertad y felicidad en la democracia; ahora bien, no había paz posible entre la democracia y la aristocracia.

La religión hubiera podido hacer de los Griegos un solo pueblo, á pesar de la diversidad de los intereses políticos. La India y la Judea estaban igualmente divididas en tribus independientes ú hostiles; pero la religión unía á todos los sectarios de Brahma, así

(1) TATIAN., *Orat., contra Græc.*, c. 1: «μόνοις ὑμῖν ἀποβέβηκε, μηδὲ ἐν ταῖς ὁμίλαις ὁμοφωνεῖν.»

(2) HERMANN, *Griech. Staatsalt.*, § 6.

(3) THUCYD., VI, 82.

como la nacionalidad de los Hebreos estaba fundada sobre el culto de Jehová. Entre los Griegos no podía tener la religión el poder que tiene en las sociedades teocráticas. Había en la esencia misma de su culto un principio fundamentalmente contrario á la noción de la unidad, la pluralidad de dioses. En vano el politeísmo se dió un jefe; tan lejos estaba Júpiter de ser el Dios todopoderoso, que reconocía por cima de sí una fuerza desconocida, la fatalidad. Sin embargo, la religión es por su esencia un lazo entre los hombres; une á los individuos, á las familias, á las tribus, y un día asociará á las naciones. La religión ha sido también para los Griegos un germen de unidad, por sí misma y por las instituciones sociales que se relacionan con ella. Los oráculos fueron un centro religioso para la Grecia (1) y aun un lazo entre los Griegos y los Bárbaros. El dios de Delfos no dejó de tener influencia sobre la unidad intelectual de la Grecia. Bajo su inspiración numerosas colonias extendieron la gloria del nombre helénico por todo el mundo; un culto común las unía á la madre patria. Bajo los auspicios de la religión se celebraban también los juegos públicos en los que los Griegos veían ya un lazo de su nacionalidad. El consejo de los anfictions era igualmente una institución religiosa.

II.

Si se hubiesen desarrollado los elementos de unidad que existían en la sociedad griega, hubiera podido llegar á ser la Grecia una poderosa federación; pero la tendencia á la separación tenía mucha más fuerza. Apenas los peligros comunes consiguieron asociar temporalmente las diversas repúblicas contra el extranjero. Victoriosos en su lucha contra los Persas, tuvieron los Griegos conciencia de su superioridad; este sentimiento fué, por decirlo

(1) PLATON es el órgano de la conciencia griega cuando declara que su ciudad consultará al oráculo de Delfos, sobre las leyes y las ceremonias del culto (*Legg.*, VI, 759, C), sobre la naturaleza de los sacrificios y sobre las divinidades á las que será más favorable ofrecerlos (*Legg.*, VIII, *in.*). Aun reserva también el autor de la *República* á Apolo Delfico las leyes relativas á la construcción de los templos, á los funerales y á las ceremonias que sirven para aplacar los manes de los muertos (*Rep.* IV, 427, B.).

así, el fondo de la nacionalidad helénica. No se sentían los Griegos como una nación más que por su odio y su desprecio hacia los Bárbaros. Sin embargo, las guerras médicas no formaron una verdadera unidad. Los Helenos se dieron jefes bajo la presión de la necesidad; reconocieron la hegemonía (1) de los Lacedemonios, porque era el único medio de luchar con ventaja contra sus temibles enemigos. Pero la política de Esparta se mostró desde luego lo que ha sido siempre, mezquina é impotente. Una noble ambición llevó á los Atenenses á apoderarse del mando que se escapaba de las débiles á la par que tiránicas manos de los Espartanos. Hicieron temblar al Gran Rey en su trono. No es tan glorioso el papel de Atenas en sus relaciones con los aliados. Puede censurarse el no haber organizado la Grecia sobre las bases de una confederación que hubiera concentrado las fuerzas nacionales, dejando á las ciudades una independencia suficiente en la esfera de sus intereses particulares. Pero la censura se dirigiría con más justicia á toda la antigüedad. Ninguna de las ciudades, que se elevaron por su poder por encima de sus rivales pensó en fundar la unidad sobre la asociación. No tuvieron todas ellas más que una ambición, la de dominar: Cartago sujetó las colonias fenicias, sus hermanas, Roma no tuvo jamás la idea de constituir una Italia independiente y fuerte. Sin embargo, el pueblo rey tenía al menos el genio de la dominación; sin abrir la ciudad á sus aliados, les concedió derechos más ó menos extensos: era un principio de asociación que concluyó por la unión completa de vencedores y vencidos. Faltábale á la Grecia este genio del conquistador. Atenas ejerció sobre sus aliados el derecho del más fuerte. Entonces Esparta llamó á los Griegos á la libertad, pero no fué la libertad el precio del combate; Esparta sacrificó la gloria y la independencia de la Grecia á su ambición egoísta. Su caída fué justa como la justicia divina. Dos héroes rompieron para siempre el poder lacedemonio y dieron á su patria una supremacía temporal; pero Tebas fué tan opresora como Esparta y Atenas, y humilló la Grecia ante el Gran Rey.

(1) La palabra *hegemonía* expresa un dominio; su extensión varía según las circunstancias (MANSO, *Sparta*, t. III, *Beilage* 13, *Ueber Begriff und Umfang der griechischen Hegemonie*).

Así Atenas, Esparta y Tebas trataron sucesivamente de fundar la unidad de la Grecia en provecho propio; la tentativa fracasó. Los Helenos eran incapaces de darse una organización bastante fuerte para mantener su libertad y su independencia. Esperaban un amo; fué una felicidad para ellos y para la humanidad que le encontrasen en su propio seno. Pero la supremacía macedónica estaba infectada del mismo vicio que las hegemonías; era una ley impuesta por el vencedor, y no una libre asociación de las fuerzas helénicas. Los Aqueos fueron los primeros que organizaron una confederación propiamente dicha: esta forma de gobierno hubiera podido conciliar la independencia, tan cara á las repúblicas griegas, con la fuerza sin la que no hay nación grande. Desgraciadamente era demasiado tarde; la nacionalidad helénica estaba ya en plena decadencia. Roma puso fin á las agitaciones que no hacían más que perturbar á la Grecia y agotarle lo que le quedaba de vida. La unidad que la Grecia no había sido capaz de fundar en el interior de sus ciudades y entre estas, el pueblo rey supo imponerla al mundo.

§ V.—Por qué la Grecia no formó una nación.—Su misión.

Si los Griegos hubiesen estado unidos, dice *Aristóteles* hubieran podido conquistar el universo (1). ¿Debemos echar de menos que la raza helénica no haya seguido tan brillante carrera? Tanto valdría que el hombre deplorara el no ser de especie diferente. Cada pueblo, como cada individuo, tiene su misión: si la cumple, merece ser glorificado. Antes de condenar el espíritu de división que condujo á la Grecia á su ruina, es preciso ver si este vicio de su constitución era tal vez el defecto inherente á la cualidad contrapuesta.

El Conde de *Maistre* nota con razón que un carácter particular de la Grecia, y que la distingue de todas las naciones del mundo, es la falta de aptitud para toda asociación política ó moral; nació

(1) ARIST., *Polít.*, VII, 6, 1.

dividida, dice. «Los Griegos, añade el célebre escritor, brillaron bajo esta forma porque les era natural, y jamás se hacen célebres las naciones más que bajo la forma de gobierno que les es propia» (1). Hay una profunda verdad en estas palabras. Llamados á influir en el mundo por la filosofía, la literatura y las artes, era precisa á los Griegos una organización que dejase la mayor libertad de acción á todas las facultades humanas. Tal es la razón providencial de la variedad infinita de territorios, de dialectos, de constituciones y de cultos que caracteriza á la Grecia. Los Griegos no han formado jamás un pueblo, un Estado; pero si les ha faltado la unidad política, han tenido en alto grado la unidad intelectual que constituye la civilización de un pueblo. Tierra privilegiada de la inteligencia, la Grecia era una nación por la cultura intelectual. El Griego no se distinguía del extranjero como Griego; Heleno era sinónimo de hombre civilizado (2), y como tal se oponía con orgullo á los Bárbaros que no hablaban su armoniosa lengua, que no participaban de los beneficios de su civilización. Esta unidad intelectual bastaba á los Griegos para llenar su misión; por mejor decir, la unidad política, tal como Roma la ha concebido y realizado, hubiera sido el mayor obstáculo al desenvolvimiento del genio helénico. Hay una notable relación entre el destino de la Grecia y el de la Alemania. No han llegado á la unidad las poblaciones germánicas como no llegaron las Helenas, y la falta de unidad ha sido para ellas una causa de debilidad política. ¿Pero qué magnífica compensación les ha dado la Providencia en el dominio intelectual? La Alemania y la Grecia son la patria del pensamiento, de la poesía, de la ciencia. Esta gloria vale más que la de Roma. ¿Qué hubiera sido Roma y qué hubiera sido el mundo moderno sin el genio libre y civilizador de los Helenos?

Los Griegos son el pueblo civilizador por excelencia; es decir, que su brillante cultura no debía quedar concentrada en los estre-

(1) De MAISTRE, *Del Papa*, libro IV, c. 11 y 9.

(2) Τὸσοῦτον ἐπολιέοντο ἡ πόλις ἡμῶν περὶ τὸ φρονεῖν καὶ λέγειν τοῦ ἄλλου ἀνθρώπου, ὡς οἱ αὐτῆς μαθηταὶ τῶν ἄλλων διδασκαλοὶ γέγονασιν, καὶ τῶν Ἑλλήνων ὄνομα πεποιήκει μὴκέτι τοῦ γένους, ἀλλὰ τῆς διανοίας δοκεῖν εἶναι, καὶ μᾶλλον Ἕλληνας καλεῖσθαι τοῦ τῆς παιδείας τῆς ἡμετέρας ἢ τοῦ τῆς κοινῆς φύσεως μετέχοντος (ISO-CRAT., *Panegir.*, núm. 50).

chos límites de la Grecia. Las razas dotadas de facultades superiores no están colocadas, como los grandes genios, por cima de los demás pueblos y de los demás hombres sino porque tienen mayores deberes que cumplir. Destinada á ser patrimonio común de la humanidad, la civilización helénica debía ser extendida en el mundo conocido de los antiguos. El instrumento más poderoso de esta propaganda fué la guerra. El gran conquistador del siglo diez y nueve ha mirado con desden las luchas de las poblaciones griegas (1); no comprendía el interés que se ligaba á las hostilidades de repúblicas de las que algunas no eran mayores que San Marino. La pequeñez de los medios ha hecho desconocer á Napoleon la grandeza de los resultados. El Asia reúne todas sus fuerzas para ahogar al mundo europeo que acaba de nacer; la victoria no podía ser dudosa en los designios de la Providencia: la gloria de los Griegos es haber sido elegidos para ejecutarla. Se han dado batallas más sangrientas que las de Marathón, de Salamina y de Platea: no las ha habido más importantes para el porvenir del mundo: ellas han rechazado al Asia el despotismo oriental, ellas han asegurado al Occidente la independencia necesaria para el cumplimiento de su destino. Victoriosa, aprovecha la Grecia su libertad para desarrollar las ricas facultades que ha recibido de la naturaleza. Entonces empieza la reacción de la Europa contra el Asia. No le basta á la Grecia ser libre, quiere extender por fuera la vida que rebosa en su seno; debe devolver al Oriente el beneficio de la civilización, en la que ha sido iniciada por el Oriente mismo. Atenas empieza esa lucha gloriosa, continuada con tanto brillo por Alejandro. Por elevados que fuesen los pensamientos del héroe griego, no podía presentir la grandeza de su vocación. La extensión de la civilización helénica fué el medio que empleó la Providencia para preparar las naciones bárbaras á los beneficios de la fe cristiana.

No hay pueblo, ni aun el pueblo de Dios, que haya tenido tanta participación en el establecimiento del cristianismo como la raza

(1) «¿Qué es esa lucha pendenciera de dos ó tres pequeñas democracias, de dos ó tres miserables ciudades? Los Romanos han conquistado el mundo y han cambiado su faz. Palabras de Napoleon á Wieland.

helénica. El Evangelio está escrito en la lengua de los Helenos; pensadores griegos son los que formulan los dogmas cristianos, el culto primitivo es completamente griego. Sin embargo, los últimos de los Helenos protestan contra la religion de muerte que los discípulos del Galileo pretenden sustituir á la viviente religion de la Grecia. El genio de un emperador, órgano de esta oposicion, proclamó que jamas un verdadero Heleno se convertiria al Evangelio. ¡ Así la misma nacion que ha preparado el cristianismo, que lo ha constituido, organizado, extendido por el mundo, lo repudia! Fácilmente se explica la contradiccion. Si es cierto que la Grecia ha tenido por mision el iniciar á la humanidad en la religion cristiana, tambien lo es que habia en el helenismo un elemento que el cristianismo no podia aceptar, y es la libertad de pensar de que los neoplatónicos fueron los últimos órganos. En apariencia, la libertad sucumbe, el Galileo triunfa sobre Juliano el Apos-tata. Pero la libertad es indestructible. Pasan algunos siglos, y los Helenos salen de su sepulcro para dar un nuevo combate contra el despotismo intelectual, que pesa sobre la cristiandad; esta vez el genio libre de la Grecia triunfa sobre la sombría teología de la Edad Media. Subyuga hasta á sus enemigos naturales: la barbarie de los apóstoles repugnaba á los príncipes de la Iglesia, seducidos y embriagados como estaban por el encanto de Homero y de Platon. El helenismo domina hasta en la silla de San Pedro. En vano la reaccion católica lo arroja del Vaticano; conserva el imperio de las almas. Aún aquellos que se ponen á la cabeza del movimiento católico y que tratan de volver á llevar á la humanidad á los altares que ha abandonado, le dan entrada en sus escuelas, y él conserva la influencia en la enseñanza hasta en nuestros dias. Nuestra educacion literaria se hace bajo la inspiracion de los Griegos y de los Latinos sus discípulos, y continuará siendo clásica á pesar de los clamores de nuevos Bárbaros. Sin embargo, los Bárbaros del siglo diez y nueve tienen razon bajo el punto de vista de su estrecha ortodoxia: el genio de la Grecia es el enemigo nato del cristianismo; confiarle la direccion de la juventud es entregar el mundo al libre pensamiento. Este es, en efecto, el destino del porvenir. Ahora, preguntamos nosotros: ¿ hay alguna mision más magnífica que la de los Helenos en el dominio intelectual y mo-

ral? Ellos han preparado el cristianismo, y una gran parte de la influencia civilizadora ejercida por la religion cristiana les pertenece. Pero lo que caracteriza esencialmente á la Grecia es la libertad de pensamiento; esta libertad ha hecho de ella un elemento imperecedero de la civilizacion. Cuando las religiones de lo pasado no existan ya más que en la historia, la humanidad buscará en la vida helénica la raíz de su propia vida.

§ VI.— Por qué la Grecia hace lugar á Roma.

La Grecia no llenó directamente más que una parte de su glorioso destino. Apenas penetró en la India brahmánica; tuvo poca influencia en las teocracias; la civilizacion no echó raíces profundas más que en el Asia Occidental. Como consecuencia de la conquista macedónica, una gran parte del Oriente fué griego; la lengua de los vencedores se conservó aún en los países en que la dominacion de los sucesores de Alejandro fué reemplazada por dinastías indígenas. Los Partos sufrieron la influencia del genio helénico. Aún le estaba reservado un triunfo más extraño: los adoradores de Jehová olvidaron su lengua sagrada y escribieron en el idioma de los vencedores. El helenismo dominó al antiguo sacerdocio del Egipto; penetró bajo los Ptolomeos hasta en la Abisinia. La Grecia envió tambien colonias á las orillas del Mediterráneo, pero no llegó á domeñar á los Bárbaros del Occidente. Sobre las costas de África se elevó una república poderosa, que no solamente impidió á las colonias griegas el extenderse, sino que comprometió hasta sus establecimientos de Sicilia. Las ciudades de la Gran Grecia permanecieron siempre débiles; las poblaciones guerreras de Italia, la confederacion de los Etruscos, el poderío creciente de Roma eran obstáculos para la extension del elemento helénico. En España la raza fenicia triunfó sobre su rival. En las Galias apenas pasaron de las orillas del mar. Casi no tuvieron conocimiento de las islas británicas y de la Germania.

Así el Occidente, aunque abordado por la civilizacion helénica, resistió á su accion; la barbarie era más fuerte, y amenazaba des-